
NUNCA MAS, OMayRA

JOSE IGNACIO CABRUJAS



Llevar hasta cada televisor de Venezuela o Dinamarca, la dolorosa imagen de Omayra, atrapada en el barro, exigió los siguientes pasos:

1) Transportar desde Bogotá hasta Armero: una cámara de televisión. Diez rollos de video-tape de una pulgada. Una máquina grabadora de video-tape. Un equipo de luces de cuarzo con sus correspondientes pantallas de reflejo. Una consola de audio. Dos micrófonos. Cinco baterías de repuesto. Un camarógrafo. Un asistente de cámara. Un sonidista. Un asistente del sonidista. Un técnico electricista. Dos periodistas. Un productor de la transmisión.

2) Trasladar en dos vehículos apropiados, todo ese equipo y todo ese personal hasta el pantano donde Omayra permanecía atrapada.

3) Ajustar minuciosamente mediante una barra de colores y un osciloscopio, el nivel de video de la cámara hasta conseguir un punto óptimo. 650 componentes de una cámara profesional deben funcionar a la perfección si se quiere obtener la imagen de Omayra que vimos en nuestros televisores. Uno de esos componentes requirió 22 años de paciente y abnegada investigación en laboratorios japoneses.

4) Comprobar, de acuerdo a sensibles indicadores, el nivel de audio. Una reciente estadística demostró que de cada cien grabaciones realizadas en exteriores, 23 adolecen de defectos en el registro de audio. Armero es un exterior, y la voz de



Omayra, sin embargo, llegó con perfecta nitidez a millones de televisores.

5) Comprobar así mismo, la fidelidad de líneas de imagen, en los cabezales de la grabadora de video-tape. Los inconvenientes más frecuentes suelen ser: exceso de contraste, inestabilidad de las líneas extremas, predominio de un color, saturación, irregularidad focal, nebulosidad por desajustes lumínicos. La figura de Omayra y el color del pantano que la devoraba, se ajustaron perfectamente a las normas de fidelidad.

6) Grabar imagen y audio de la severa agonía de Omayra con acercamientos ópticos a su rostro. La creación de un zoom electrónico es el resultado de 12 años de empeño tecnológico al más alto nivel. Por eso, los ojos de Omayra, fueron siempre nítidos en la admirable imagen de la televisión colombiana.

7) Transportar los rollos de video-tape, con la imagen de Omayra, hasta una ciudad cercana, dotada de un costoso y complejo equipo de microondas.

8) Transmitir vía microondas, desde esa ciudad, hasta el Centro de Recepción de Bogotá. Una de las más abismales proezas científicas de nuestro tiempo, es la conversión de seiscientos y tantas líneas de video, en impulsos electrónicos capaces de ser interpretados y codificados en un centro de recepción. La celeridad con que llegó hasta nosotros el trance de Omayra, permite aseverar que el proceso de microondas no tuvo el menor contratiempo.

9) Reproducir la imagen en una grabadora de video-tape, instalada en un ambiente seco y a la temperatura adecuada. El humo de cigarrillos, por ejemplo, es capaz de alterar y dañar delicadas funciones en una máquina grabadora. Pero, evidentemente, nadie fumó, nadie esparció polvo, nadie agregó humedad en las cercanías. De allí la impecable calidad final a la hora de recoger la figura de Omayra.

10) Enviar a través de master el percance de Omayra hasta un poderoso transmisor capaz de fulminar pájaros cercanos.

11) Transmitir desde la parábola gigante de una estación terrena en Colombia, hasta el satélite adecuado a centenares de kilómetros en el espacio. Puede aseverarse

que la parábola gigante y el satélite cambiaron en los años sesenta la historia de las comunicaciones humanas. Por eso, la muerte de Omayra se convirtió en un hecho inmediato, íntimo (todos estuvimos allí), capaz de agobiar el rostro de un zapatero en Milán o de provocar una honda reflexión sobre los contrastes del subdesarrollo a una señora que preparaba el desayuno familiar en Estocolmo.

12) Recibir en nuestras casas este singular acontecimiento a través de una señal captada en una parábola de Estados Unidos y redistribuida al resto del mundo, incluida la estación terrena de Camatagua y el transmisor de CANTV en la Avenida Libertador.

Como se verá, todo funcionó a las mil maravillas. La televisión colombiana cumplió admirablemente un deber de informar y conmover. Un promedio de 1.600 aparatos de la más complicada tecnología desempeñaron con habitual precisión, las funciones previstas. El deslumbrante proceso no tuvo ninguna falla.

Pero, al parecer no había en Colombia, una maldita y miserable bomba de agua, capaz de funcionar y salvar la vida de una bella adolescente llamada Omayra.

